



# Nueva ruralidad en la novela española contemporánea: un enfoque ecocrítico

## *The Representation of Natural Space and New Rurality in the Spanish Contemporary Narrative: An Ecocritical Approach*

CHRISTINA MOUGOYANNI HENNESSY<sup>1</sup>

**Como citar este artículo:** Mougoyanni Hennessy, C. (2021). Nueva ruralidad en la novela española contemporánea: un enfoque ecocrítico, *Pangeas. Revista Interdisciplinar de Ecocrítica* (núm. 3) 7-15. <https://doi.org/10.14198/PANGEAS.18890>

### Resumen

Desde una perspectiva ecocrítica, analizamos la interacción entre la naturaleza y la configuración social de los personajes en algunas de las obras y autores más representativos de la nueva ruralidad en la literatura española contemporánea. Nuestro objetivo es poner de manifiesto las contradicciones existentes entre el desarrollo económico y social que se ha dado desde la Modernidad y la sostenibilidad medioambiental. La narrativa rural fue un subgénero muy cultivado durante la dictadura franquista, pero decayó con el desarrollo económico y la llegada de la democracia, al relacionar el espacio urbano con la modernidad, reflejo inevitable de la evolución de la sociedad española. Sin embargo, desde comienzos del siglo XXI y especialmente en los años de fuerte crisis económica financiera sufrida durante casi una década, ha surgido una serie de autores que proponen el retorno a lo rural para recuperar una vida en la que es posible el equilibrio medioambiental y asimismo encontrar unos códigos éticos que alejen a la persona de la deshumanización de las grandes ciudades.

**Palabras clave:** Neorruralismo; ecocrítica; ecología oscura; España vacía; Intemperie.

### Abstract

This article proposes an ecocritical approach by analyzing the interactions between nature and the social configuration of characters in some of the most representative works and authors of the New Rurality in contemporary Spanish literature. Our aim is to highlight the existing contradictions between the economic and social development that has occurred since the beginning of Modernity and environmental sustainability. During Franco's dictatorship, rural narrative was a highly pursued subgenre, but it declined with economic development and the arrival of democracy by relating urban space to modernity as an inevitable reflection of the evolution of Spanish society. However, since the beginning of the 21st century, and especially in recent years due to the economic crisis that Spain has suffered through for almost a decade, a number of writers has emerged who propose a return to rural areas in order to restore life, regain environmental balance, and find ethical principles that keep individuals away from the dehumanization of big cities.

**Key words:** Neo-ruralism; ecocriticism; dark ecology; empty Spain; Out in the Open.

1. Christina Mougoyanni Hennessy. College of Saint Benedict & Saint John's University, Minnesota, EE.UU. [chennessy@csbsju.edu](mailto:chennessy@csbsju.edu).



Este trabajo se publica bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional. (CC BY 4.0). [https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.es\\_ES](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.es_ES)

© Christina Mougoyanni Hennessy, 2021

## 1. INTRODUCCIÓN

A pesar de su relativa juventud, existe ya un buen número de escuelas, olas, movimientos, teorías o interpretaciones de lo que comúnmente denominamos hoy en día como ecocrítica. Mi aproximación a ella es básicamente funcional, no como una teoría, sino como una herramienta que permite una *interpretación cultural* de la Literatura, basada en la preocupación medioambiental.

En este sentido, el enfoque ecocrítico que busco no obedece a la metodología de una *teoría*, sino que funciona como una *retórica*, pues se sirve del análisis y de la reflexión sobre ideas so cioculturales subordinadas a los materiales estrictamente literarios o lingüísticos, pero estos quedan relegados a un segundo plano. Una retórica que no es meramente descriptiva sino interpretativa, y, por tanto, subjetiva.

Mi objetivo no es utilizar la ecocrítica para *explicar la literatura*, para analizar los textos de una forma gnoseológica, sino que el fin último será servirnos de la literatura para contribuir a la reintegración de nuestro medio ambiente en nuestra conciencia antropológica y social, utilizando la idea de Edgar Morin (1996) al referirse a la configuración de un nuevo pensamiento ecologizado (*Thought ecologized*). Y, además —añado yo— a nuestra conciencia cultural: sí, por ejemplo, el gran mérito de los estudios de género ha sido la reinterpretación del espacio cultural desde una nueva perspectiva hasta hace poco desdeñada, el objetivo de la ecocrítica es, en mi caso, ganar también un sitio preferencial para la conciencia ecológica en nuestra identidad cultural de manera que se provoque una nueva actitud reflexiva, una actitud crítica hacia la relación e interacción de la especie humana con el entorno natural y su reflejo en las manifestaciones culturales.

Es habitual asimismo hablar básicamente de los dos enfoques dentro de la escuela ecocrítica, el *antropocentrista* y el *biocentrista* o relativista, que no dejan de ser evidentemente una simplificación, una reducción esquemática de la infinidad de tendencias dentro de la filosofía ecológica o medioambiental. Mi planteamiento intenta deliberadamente escapar tanto de esta dicotomía reduccionista que conduce a extrapolaciones demasiado drásticas y poco flexibles. En mi opinión, sería un error partir de una separación positivista entre *sujeto* (el que conoce) y *objeto* (lo que es conocido), entre hombre

y naturaleza. De la misma manera que desecho esa dicotomía, también debemos evitar la aceptación en el imaginario medioambiental de la oposición urbano-rural. Es frecuente, especialmente en las teorías de inspiración poscolonial, vincular el pensamiento a la geografía, pero no creo que haya una geopolítica de las ideas ni del conocimiento. No creo que se deban relativizar los conceptos en función del entorno ni del género, de la etnia o de las creencias. Pero el hecho de que no lo consideremos actualmente como una oposición, porque comparten numerosas características, no significa que sean una misma cosa.

Ambas dicotomías, hombre/naturaleza y ciudad/campo, en realidad forman parte de un todo. Ni el hombre es superior o dominador, ni la naturaleza está por encima del ser humano. Sencillamente el género humano, como especie animal dotada de notables particularidades diferenciadoras, forma parte de la naturaleza y es producto de la misma. No es ni sobrenatural, ni artificial: realmente no existe una diferencia en esencia entre lo que llamamos natural y artificial. Cuando decimos que el hombre destruye la naturaleza, realmente estamos refiriéndonos a que el hombre modifica y deteriora la configuración del hábitat en el que ha podido florecer la especie homínida en los últimos dos millones de años. No es un agente externo que pueda destruir la naturaleza porque es la naturaleza: sería ésta la que se destruiría a sí misma. Si la naturaleza se destruyese a través de la acción humana, es porque ella misma habría errado en la configuración de las leyes por las que se rige la evolución de nuestra especie. Y si así fuera, el género humano se extinguiría, pasando a ser una página más de la inconcebible e inabarcable historia del universo.

No nos aterra realmente la destrucción de la naturaleza, sino la destrucción de nuestra especie. No nos preocupa la desaparición de la biodiversidad o la variación del clima si no afecta al modelo de vida que hemos decidido —o nos han impuesto— llevar. Dicho con dramática ironía: ¿y si el cambio climático fuese un mecanismo regulador de la propia naturaleza para frenar la superpoblación de la más dañina de sus especies, la plaga humana, una especie fallida? Podríamos interpretarlo de esta manera siguiendo la lógica del ambientalista británico James E. Lovelock: la tierra es un sistema autorregulado que funciona modificando su composición interna para asegurar su supervivencia. Si algo daña este sistema, será eliminado.

En definitiva, este sería el planteamiento más radicalmente antiantropocéntrico: la humildad de reconocer que en la infinitud espaciotemporal del universo no somos otra cosa que la conciencia de nosotros mismos y nuestra historia como especie es irrelevante en la historia del universo. Por tanto, el problema ecológico, como bien apunta Morin en “Pensamiento ecologizado”, no concierne a nuestras relaciones con la naturaleza, sino a nuestras relaciones con nosotros mismos, con el hábitat que hace posible la vida tal y como la conocemos y amamos. El medioambiente debe ser reincorporado a nuestra conciencia cultural y social. No podemos construir una ética medioambiental al margen de la ética humana.

Soy profesora, no soy crítica literaria, y por eso me preocupó más de la interpretación de los textos y de la enseñanza de sus valores que de la crítica en sí. Este ámbito de la interpretación es en gran medida el espacio de la subjetividad. Por esta razón, no considero que mi acercamiento ecocrítico a la literatura sea estrictamente crítica literaria, en tanto en cuanto priorizo la funcionalidad —concienciación— sobre el análisis literario, y creo que es legítimo hacerlo y honesto reconocerlo. Probablemente el objetivo principal, o uno de ellos, de una crítica literaria clásica —tal como la entienden muchos, desde el filologismo de Harold Bloom al materialismo filosófico de Jesús G. Maestro— sea transformar la opinión subjetiva en conocimiento objetivo riguroso y científico. El objetivo último de la ecocrítica, tal y como yo la entiendo, no es ese, sino la *ontologización* del ser humano a través de su relación con la naturaleza y no a expensas o a espaldas de ella, y consecuentemente, el intento de visibilización de los problemas medioambientales a través de la lectura de obras literarias.

## 2. NUEVA RURALIDAD

Especificado el planteamiento y antes de abordar el análisis, creo conveniente explicar brevísimamente la idea de *ruralidad* según la entiendo y funciona en las obras aquí analizadas y que se corresponde con la definición que proponen Rafael Echeverri y María Pilar Ribero: “La ruralidad es ese hábitat construido durante generaciones por la actividad agropecuaria, es el territorio donde este sector ha tejido una sociedad. Este concepto incorpora una

visión multidisciplinaria que reivindica los aspectos antropológicos, sociopolíticos, ecológicos, históricos y etnográficos” (2002: 26).

Por tanto, *lo rural* no se contempla solamente desde una perspectiva geográfica —el campo— o meramente económica y laboral —la agricultura y la ganadería— sino también social y cultural, es decir, entendemos por ruralidad el modo de vida dependiente de la interacción productiva con la naturaleza que se ha construido a lo largo de generaciones.

De tal manera que el factor diferenciador de lo rural podemos ubicarlo en la importancia de la oferta de recursos naturales que posibilita la permanencia en el territorio y la construcción de una sociedad determinada. Al mismo tiempo, como veremos precisamente en las novelas tratadas, la escasez de estos recursos implica la destrucción de la sociedad rural abocando al abandono o a la lucha por la supervivencia. Otra característica de la nueva ruralidad será el especial hincapié que se hace en presentar lo rural como espacio al margen de la posmodernidad, como sociedad *subdesarrollada* económica y moralmente, y a sus habitantes como salvajes alejados de la ciudadanía, como *infrahumanos*.

Esta presentación de la nueva ruralidad conecta, en mi opinión, con la idea de Timothy B. Morton de la *dark ecology* o ecología oscura. El autor de *Ecology Without Nature. Rethinking Environmental Aesthetics* (2007) o *The ecological thought* (2010) rechaza la idealización, e incluso deificación, de una naturaleza domesticada como *locus amoenus*, como arcadia feliz. La naturaleza como concepto no deja de ser otra cosa que un producto de nuestra visión antropocéntrica y no tiene sentido cambiar una cosmovisión antropocéntrica por otra ecocéntrica. No creemos que sea conveniente, como ya hemos apuntado, separar naturaleza y civilización. La *dark ecology* y la nueva ruralidad coinciden en resaltar lo desagradable, incluso la crueldad, para evitar el sentimentalismo y paternalismo antropocéntrico en nuestra cultura ambiental.

La revalorización de lo local y la nueva ruralidad no debe ser interpretadas como una respuesta de defensa ante la globalización, sino más bien consecuencias de la misma, ya que el llamado proceso de globalización actúa de manera paralela en dos sentidos: al mismo tiempo que facilita la extensión y propagación de conceptos culturales exógenos, que pueden ser asimilados e

incorporados a las culturas locales, y precisamente por eso, provoca una reacción en sentido contrario, fortaleciendo y reactivando los sentimientos de identidad propios por todo el mundo. Es decir, el proceso de homogenización sociocultural provoca un resurgimiento identitario que potencia los factores culturales locales y tradicionales.

### 3. LA NUEVA RURALIDAD EN LA ESPAÑA VACÍA (O VACIADA)

Hace apenas unos pocos años, el diario *El País* dedicaba su suplemento cultural *Babelia* a la España vacía. En él, Julio Llamazares alertaba sobre la presencia en la literatura española actual de este fenómeno social:

De repente, sin embargo, la aparición de una serie de libros de autores jóvenes, algunos todavía en la treintena, y sobre todo (...) la acuñación espontánea de un nombre que se ha convertido en definición del fenómeno (...) el de la España vacía (...) ha hecho que el problema adquiera no solo algo de visibilidad, que se dice ahora, sino que todo el mundo hable últimamente de él. (2017: 3)

En su artículo, Llamazares se refiere no solo a algunas de las novelas de las que hablaremos más adelante, sino también a varias colecciones de entrevistas, relatos y reflexiones como son *La España vacía. Viaje por un país que nunca fue* (2016) de Sergio del Molino, *El viento derruido. La España rural que se desvanece* (2004) de Alejandro López Andrada, *Palabras mayores. Un viaje a la memoria rural* (2015) de Emilio Gancedo, o *Los últimos. Voces de la Laponia española* (2017) de Paco Cerdà que, según Llamazares, narra “en una serie de catas geográficas y humanas la terrible realidad de una región de España, la llamada Celtiberia, cuya densidad demográfica es menor que la de Etiopía y en la que centenares de pueblos están vacíos o a punto de desaparecer” (2017: 3) y que comienza el primer capítulo de esta manera tan esclarecedora:

Vine a Motos porque me dijeron que acá vivía un solo habitante, un tal Matías López. Vine a buscar la zona cero de la despoblación, el punto justo donde el tumor de la soledad se transmuta en metástasis extrema de la desolación. Vine un

domingo a mediodía buscando a un pastor soltero llamado Matías. Pero no hallé más que silencio y soledad. No encontré otra cosa que un no-lugar en un no-tiempo, una encrucijada geográfica y mental alejada de toda coordenada conocida (Cerdà, 2017: 11).

Esta España rural que se vacía es el escenario de esta corriente de novelas a la que nos referimos como “nueva ruralidad”. De entre ellas, hemos elegido tres especialmente significativas *Intemperie*, de Jesús Carrasco (2013), *El bosque es grande y profundo*, de Manuel Darrida (2013) o *Las efímeras*, de Pilar Adón (2015). Todas ellas vieron la luz en los últimos diez años. Sin embargo, a pesar de que hemos hablado del espacio rural en España, estas novelas, al contrario que los ensayos o crónicas mencionados por Llamazares, no ubican sus tramas en una geografía determinada, sino que son narraciones desterritorializadas, incluso transnacionales, que sirven para mostrarnos las distopías rurales. No solo utilizan la deslocalización, sino también la atemporalidad: *Intemperie* podría estar ambientada en la Extremadura o La Mancha de los años 50 o 60 de pasado siglo, no lo sabemos por datos textuales concretos, sino por referencias indeterminadas; *El bosque es grande y profundo*, parece ubicarse en un futuro muy cercano o en un pasado muy contemporáneo; y la novela de Adón, aunque inicialmente pareciera que nos remite a Francia por las referencias a La Ruche, la comuna libertaria francesa fundada a principios del s. XX, podemos especular con que se trata de la Sierra de Gredos o un lugar próximo y semejante, gracias a un análisis geográfico, por las descripciones del entorno natural y los bosques de encinas y enebros.

Poco importa para el autor la referencialidad geográfica o temporal, pues lo que se nos muestra en ellas es la devastación del espacio rural y su transformación en terrenos de soledad y crueldad, de violencia y lucha por la vida. Quien busque en estas novelas un canto a las bondades de la vida natural, se encontrará con un mundo muy desazonador.

Actualmente se emplea con mayor frecuencia en los medios el término “España vaciada”, queriendo hacer hincapié en las responsabilidades de ese vaciamiento y convirtiendo así al espacio rural en objeto pasivo de otros intereses. Personalmente prefiero el término de “España vacía”, ya que elude la victimización y el juego político.

### 3.1. *Intemperie*

*Intemperie* (2013) fue la primera novela del hasta entonces desconocido escritor español Jesús Carrasco,<sup>1</sup> uno de esos ejemplos a los que calificamos de fenómeno editorial característico de la industria de nuestros días. Antes de su publicación en España, ya se habían vendido los derechos de traducción a 13 países —actualmente lleva ya al menos 25 traducciones—, obtuvo varios galardones, así como una amplia atención en los principales suplementos culturales de la prensa española.

Toda la crítica repite la tópica comparación con Miguel Delibes por el mero hecho de que, en una época en la que no era habitual la aparición de novelas ambientadas en un escenario radicalmente rural, *Intemperie* sorprendió en el panorama de la reciente novela española y favoreció, a su vez, una tendencia a la que estamos denominando como nueva ruralidad y en la que podemos inscribir obras como *Lobisón* de Ginés Sánchez, *El niño que robó el caballo de Atila* de Iván Repila, *El bosque es grande y profundo* de Manuel Darrida, *Es un decir* y *Belfondo* de Jenn Díaz, *Las efímeras* de Pilar Adón o *Por si se va la luz* de Lara Moreno, por citar algunas de las novelas que abrieron el camino de esta nueva narrativa, cuyo recorrido y trascendencia estará por ver en los próximos años. En cierto modo, es inevitable establecer una conexión temática no sólo con Delibes, sino con obras fundamentales de las décadas anteriores de Luis Mateo Díez, Manuel Rivas, Goytisolo, Ignacio Aldecoa, Sánchez Ferlosio, Julio Llamazares, Dolores Redondo o incluso con el Cela tremendista de *Pascual Duarte*.

Efectivamente, el autor contextualiza la narración de su historia en un ambiente extremadamente rural con una finalidad muy marcada: mostrar en toda su crudeza la violencia y la dureza de la vida en el medio rural, un espacio poco propicio para muchas

de las concepciones de la ecología moderna de ascendencia urbana.

La novela, protagonizada por personajes sin nombre en un lugar y un tiempo indefinido, nos narra las peripecias de un niño que recorre una llanura inhóspita castigada por una implacable sequía, huyendo de su casa y de su pueblo, donde sufre abusos por parte del alguacil, la autoridad tiránica de la zona, ante la pasividad y complicidad de sus padres. En su huida hacia el norte, hacia una tierra menos inclemente y más fecunda, en la que no habiten seres despiadados, encuentra la ayuda salvadora de un cabrero, cuyo mundo se circunscribe a sus nueve cabras, su burro y su perro pastor. El viejo cabrero, discreto, hosco e insociable, se convierte en su protector, y no sólo le enseñará a sobrevivir, sino que también le muestra la diferencia entre la venganza y la justicia, la rectitud y el gran principio moral de la novela: la dignidad de comprometerse y defender al que es injustamente perseguido.

La principal enseñanza que transmite la relación entre niño y anciano es la solidaridad para enfrentarse al mal: el viejo termina entregando su vida para proteger al niño, y permitirle escapar de aquella llanura asesina, y en ese acto de protección también le hace heredero de la sabiduría ancestral de la vida en el campo y entre animales.

Es un mundo abrumadoramente masculino, en el que sólo hay cabida para la madre “arrugada como una patata vieja” (2013: 21), que no cumple ninguna función narrativa. La ausencia absoluta de personajes femeninos es en sí un símbolo, no una casualidad, que daría no pocos argumentos para una interpretación ecofeminista.

Desde un punto de vista sociológico, cuando nos referimos a la nueva ruralidad, se piensa en el movimiento *back to the land* que se comenzó a producir en las últimas décadas del siglo pasado y que ha crecido paralelo al desarrollo del pensamiento ecológico y la saturación social y laboral de los grandes espacios urbanos. Es un movimiento internacional, propio no sólo de los países más industrializados, sino de todos aquellos que tienen —y padecen— las megaurbes.

Como apunta Entrena-Durán (2012: 41-42), en España se ha producido una evolución del concepto de ruralidad en el imaginario colectivo desde el final de la Guerra Civil hasta la actualidad. Esa evolución ha tenido, desde una perspectiva histórico-sociológica, tres fases. Primera: la mitificación conservadora, con raíces en el Romanticismo y la

1. Nacido en 1972, trabaja como redactor publicitario y comenzó a darse a conocer al público español a través de la lectura de algunos microrrelatos en un programa de radio. *Intemperie* consiguió más de veinte reediciones en sus tres primeros años e incluso ha sido adaptada en formato de cómic y fue llevada al cine en 2019 con el mismo nombre, dirigida por Benito Zambrano, y protagonizada por Luis Tosar, como cabrero. Tuvo cinco nominaciones en los Premios Goya de ese año y obtuvo los galardones al mejor guion adaptado y la mejor canción, por la música de Mikel Salas.

Generación del 98, y aprovechada por el franquismo, y por el fascismo europeo, que relacionaba la ciudad con el movimiento obrero y el campo con las esencias tradicionalistas; es propia de los años 40 y 50 del pasado siglo. Segunda: El menosprecio de lo rural, identificándolo con el atraso sociocultural y el subdesarrollo económico, que equiparaba modernidad con urbanidad. Esta etapa es conocida en España como el *desarrollismo*. Y tercera: el *neorruralismo*: revalorización de los entornos rurales para el ocio y el turismo, y para una vuelta a un modo de vida apegado a lo local propiamente rural.

Esta evolución sociológica en el último medio siglo en España, aunque pueda tener puntos en común, presenta notables diferencias con la ruralidad latinoamericana y la europea: el concepto de lo rural cambia de una parte a otra y en función de las épocas, o los grupos sociales.

La tercera fase, la de revalorización de la ruralidad o *new rurality*, conecta cierto modo de ver el espacio rural con una nueva idealización bucólica de la mano del ecoturismo y de la agricultura ecológica. Se retorna al medio rural, normalmente como huida del entorno urbano, no como una vuelta al pasado, sino con la intención de reinterpretar los paradigmas rurales desde el bagaje de la modernidad adquirido en el espacio urbano-industrial.

Sin embargo, y gracias a una lectura ecocrítica, la nueva ruralidad de Carrasco permite desmontar esos mitos bucólicos que nos remiten al retorno a la Arcadia, la revalorización de lo salvaje frente a la civilización, o al menosprecio de corte y alabanza de aldea guevariano. El arquetipo de la llanura seca, esteparia, árida y hostil, se enfrenta conceptualmente a otros como el de la costa o el valle, amables, fecundos, confortables y acogedores o a otros como el de la montaña, espacio de gestas, morada de dioses y mitos, si bien comparte con la montaña o el bosque dos valencias simbólicas fundamentales: la soledad y el peligro.

El hecho de omitir referencias de ubicación geográfica invita a pensar en la universalidad del planteamiento. La *utopía*, en el sentido etimológico de “no lugar”, es una excelente manera de burlar y superar los clichés poscoloniales referidos a la geopolítica del pensamiento. Si se considera demasiado racionalista y anticuado el concepto de “universal” o “internacional”, podemos expresar lo mismo con terminología posmoderna más al gusto de los tiempos que corren y los departamentos

universitarios, como “posnacional”, “extraterritorial” (Martínez, 2012: 10), “multiterritorial” (Montoya, 2013: 1-16), o incluso con el de “glocalización” (Roland Robertson, 2003: 261-284).

La glocalización, aunque pueda compartir semejanzas con la nueva ruralidad, tiene una esencia contrapuesta: la glocalización es la globalización adaptada a lo local (*think globally, act locally*). Sin embargo, el nuevo ruralismo quiere entroncar con la tradición y ser genuinamente local, porque siéndolo, será universal. Es decir, son direcciones opuestas: la glocalización camina del mundo al individuo, y el ruralismo del individuo al mundo. La nueva ruralidad es consecuencia de la globalización, y debe ser analizada como partes de ese mismo fenómeno.

La novedad y mérito principal, desde el punto de vista de la ecocrítica, de esta novela enraizada en la tierra, radica en su potencial simbólico y alegórico: una narración anclada en un ruralismo extremo, que se potencia con un deliberado arcaísmo lexicográfico, con el que Carrasco pretende mostrar que hasta la lengua hablada es diferente e incomprensible en el espacio rural. El autor, al desentenderse del referente geográfico y nominal (ninguno de los personajes tiene nombre), evita el realismo documental invitando a la interpretación, sugiriendo simbolismos y abstracciones alegóricas. Nada es accidental ni caprichoso, todo obedece a una intencionalidad.

Lejos de proponer una visión idílica y pastoril del mundo rural, a lo que nos enfrentamos es a la intemperie, es decir, lo contrario al hogar protector: una naturaleza extremadamente dura que obliga a elegir entre morir o matar según “la ley del llano” (2013: 65), las “nuevas reglas de la tierra seca” (2013: 77):

La intemperie le había empujado mucho más allá de lo que sabía y de lo que no sabía acerca de la vida. Le había llevado al mismo borde de la muerte y allí, en medio de un campo de terror, él había levantado la espada en lugar de poner el cuello (2013: 162).

Carrasco y su nuevo ruralismo coinciden con Delibes en el compromiso de la denuncia de las situaciones de abandono de las tierras y de los pueblos, no sólo se trata de un abandono demográfico, sino también político y mediático. En *Intemperie*, Carrasco, como hiciera Miguel Delibes, nos muestra la dignidad de personas simples,

primarias, que poseen el secreto de la armonía y la integridad con la naturaleza, los animales y la tierra sin que esa relación sea naturalista, apartándose de los estereotipos de la sensibilidad ecologista de origen urbano. No idealiza ni espiritualiza, sino que se limita a mostrar la realidad tal y como es, en toda su rudeza: los animales no son mascotas ni hay relación de dependencia sentimental con ellos, son compañeros imprescindibles para el sustento, a los que hay que cuidar y alimentar, porque de su supervivencia depende la nuestra. Tanto el niño como el viejo cabrero se juegan la vida por sus cabras y por su burro, porque si esos animales mueren, ellos también lo harán. La naturaleza no es un bonito paisaje que fotografiar, o donde acampar para hacer pícnic o cultivar tomates orgánicos, sino una llanura reseca repleta de miseria y violencia, un muladar pestilente donde cazar ratas para comer, un secarral donde cuelgan a los viejos galgos de los árboles... un mundo ingrato del que no cabe esperar “ningún reconocimiento, ninguna recompensa” (2013: 65). El camino del niño hacia el Norte es una trayectoria simbólica, no una ruta geográfica: es el abandono y la superación del primitivismo brutal hacia una nueva ruralidad fecunda y amigable para el hombre.

### 3.2. El bosque es grande y profundo

Se publicó en el mismo año que *Intemperie*, en 2013. Su autor, Manuel Darriba, un año más joven que Carrasco, es un periodista, poeta y novelista que principalmente escribe en gallego, ejemplo de lo cual es esta novela, que fue escrita primero en gallego y autotraducida al castellano posteriormente.

Podríamos decir que se trata de una narración también distópica, apocalíptica, que nos cuenta la separación de dos hermanos, Hansel y Gretel, en medio de una destructiva guerra: él huye al bosque y ella queda atrapada en una ciudad en ruinas. En la novela, escrita con frases lacónicas que cincelan la trama, con una sintaxis extremadamente afilada y cortante, sin concesiones a la retórica ni al matiz, el autor nos presenta una serie de tesis sobre la descomposición moral de la sociedad causada por los desastres del capitalismo salvaje. El bosque — grande y profundo, como se repite insistentemente a lo largo de la novela— es un personaje más en la novela, no un mero escenario, y representa el retorno al estado primitivo tras la destrucción de la

civilización (la ciudad). No es un refugio, aunque se huya a él, no es un hogar, es el espacio que atrapa y desgarrar a una especie invasora que huye de su destrucción, el hombre: “El bosque da y quita. Cada uno recibe lo que merece” (2013: 25).

Se contempla la vuelta forzada de la especie humana a los orígenes prehistóricos, a ese espacio precultural del que salimos y al que nuestra irresponsabilidad nos devuelve: un bosque grande... sí, pero fundamentalmente profundo, capaz de engullir a las personas y arrebatarles su naturaleza humana.

Tal es la austeridad estilística y la aspereza narrativa que el lector tiene la misma sensación de incomodidad y dureza que los propios personajes. No hay posibilidad de identificación, ni de empatía, no se nos transmiten sus pensamientos o sus sentimientos, solo sus actos y las consecuencias de los mismos.

### 3.3. Las efímeras

La última de las novelas es *Las efímeras*, publicada en noviembre de 2015 por Pilar Adón, pseudónimo con el que su autora, especialista en Derecho Medioambiental, ejerce su actividad pública como traductora, poeta y novelista. Nacida en 1971, tiene apenas uno y dos años de diferencia con los dos autores anteriormente citados. Podemos comprender muy claramente su vivencia de la naturaleza, que además nos va a transmitir la novela, con unas declaraciones suyas en una entrevista: “He tenido la experiencia de estar voluntariamente sola en determinados espacios naturales, no mucho tiempo, porque el terror llega. Y en esta novela hablo del miedo que siente el ser humano ante la naturaleza que no controlamos, la que nos precede y la que va a subsistir” (Bravo, 2016).

El argumento de la novela parte, como hemos mencionado, de una antigua escuela libertaria francesa del siglo pasado que sirve de base para situar una comunidad rural de individuos aislados, refugiados de la sociedad urbana, en un espacio atemporal en donde lo más importante es preservar su particular concepto del orden: “cada acto tiene sus consecuencias” (2015: 15).

Las protagonistas son dos hermanas, Dora y Violeta Oliver, personajes solitarios, desconsolados, angustiados, que no buscan el bien común, sino que se dejan llevar por su propio egoísmo en medio de un bosque omnipresente que impone a los humanos

las leyes de la naturaleza: “la aniquilación constante de unos organismos por otros” (2015: 185). Este mismo bosque enseña cómo sobrevivir:

La importancia de la prudencia y de la determinación de comportarse con cautela en un espacio que no la necesitaba para seguir existiendo. El acceso a la tierra, a lo pétreo. La imposibilidad de valorar lo inconmensurable. Los árboles, que se mostraban tan indiferentes ante las circunstancias que dominaban su existencia. El don de la resistencia, del equilibrio. Y la certeza de que un día proveía de energía al día siguiente (2015: 236).

El espacio rural que representa el bosque ofrece a la comuna el aislamiento de la civilización urbana, de la que huyen personajes como el de Tom, estudiante de medicina, en busca de estabilidad. Lo rural, que no oculta su lado más salvaje, se presenta como apacible, ordenado, más fiable que la vida en sociedad: “[Denis] no buscaba los honores de sus semejantes. Prefería los honores de la tierra y de los árboles cada vez que le daban sus frutos. Los grupos de los hombres no tenían para Denis más importancia que el grupo de las plantas o los grupos de cualquier otro organismo” (2015: 174).

Una comunidad regida por un ideario con indudable valor ecológico de ocho puntos:

Primero: Estamos donde estamos, y donde estamos todo es amplitud. Segundo: No hemos venido a destruir nada. Tercero: El día es independiente del hombre. Cuarto: Cada árbol es el árbol; cada gorrión, el gorrión. Quinto: La voluntad habita en la comunidad. Sexto: Sin peligros del exterior, dominemos los del interior. Séptimo: El horizonte que vemos es el horizonte total. Octavo: Un hombre es su ciencia (2015: 74)

Y todos ellos, al igual que los diez mandamientos cristianos, se resumen en uno: “En este paisaje están todos los paisajes; en este minuto, todos los minutos” (2015: 74). Es decir, lo que importa es el aquí y el ahora. Estas leyes que deben regir la comuna son las que permiten poner de manifiesto varias tensiones: las relaciones de poder y dominio, la ambición, y especialmente la actitud pasiva ante la percepción del mundo.

En toda la novela abundan las metáforas que equiparan al ser humano en la misma categoría

natural que las plantas o los animales. De hecho, las dos hermanas protagonistas tienen sus correlatos animales: Dora, la mayor, se refleja en una especie de iguana o reptil enorme y repulsivo, y Violeta se corresponde con una oruga que aguarda su metamorfosis en mariposa a través de su relación sentimental con Denis. No es que se pretenda equiparar lo animal y lo humano, sino sencillamente que lo humano es esencialmente animal.

En definitiva, como sucede en las novelas de Carrasco y Darriba el espacio rural, ya sea el bosque o la llanura, no es un refugio ni un paraíso natural que ofrezca equilibrio, cobijo y alimento, sino el escenario del miedo, la soledad y el dolor, en donde rige la ley salvaje de la lucha por la supervivencia. La destrucción de la civilización nos devuelve a nuestra naturaleza animal, al denominado “caos verde”, que es recordado al principio de la novela con una cita que nos remite a la famosa obra de John Fowles, *The Tree*, de la que Adón es su traductora al castellano: la naturaleza es un *green chaos* terrorífico y maravilloso, pero salvaje, un entramado de relaciones irracionales, de emociones reprimidas, de desasosiego y devastación. Un espacio dominado por las implacables leyes de la naturaleza a las que todos han de someterse más allá de su voluntad porque no es posible escapar.



## 4. CONCLUSIONES

Me gustaría terminar este artículo justamente al contrario de lo que suele ser habitual, con una cita de *El río* de Ana María Matute tomada del comienzo de la novela *Belfondo*, de Jenn Díaz, porque me parece que resume perfectamente la problemática de la nueva ruralidad, su dureza y su autenticidad:

Alguien dijo: “Un pueblo es un monstruo”, porque en un pueblo pequeño la envidia y el odio, la falta ajena, se hacen claros y patentes, como escritos en la frente o en el cielo que a todos cobija. Pero esta cruel realidad asienta los pies sobre la tierra, y la vida es más simple, más verdadera (2011: 9).

Es indudable que en los últimos años hay un conjunto de obras que nos puede permitir

pensar que se da en la narrativa española un retorno temático a una nueva ruralidad, no como nostalgia por la pérdida de una forma de vida, ni como alternativa sana a la ciudad, sino como forma de advertencia sobre nuestras relaciones con la naturaleza, pero, sobre todo, con nosotros mismos. Esa naturaleza salvaje, cruel y nada condescendiente con el hombre, como nos la retrata la *dark ecology*, nos obliga a repensar nuestro comportamiento como especie. La nueva ruralidad nos pinta escenarios de no retorno: ya es demasiado tarde para corregir los errores cometidos y estamos pagando las consecuencias. La naturaleza no es un modelo ético para la especie humana, porque precisamente sus leyes de evolución nos han traído hasta aquí y nos devolverán a un estado primario si no aplicamos soluciones, que van desde los grandes asuntos hasta la más intrascendente de nuestras decisiones de consumo. Comencemos por preocuparnos de buscar la justicia en el espacio social, porque es la mejor manera de cuidar del medioambiente. Tanto nosotros como la naturaleza, tal y como la hemos conocido, somos circunstanciales y es un acto de humildad y conciencia reconocerlo.

## BIBLIOGRAFÍA

- ADÓN, P. (2015). *Las efímeras*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- BRAVO, M. (2016). “Me parece incomprensible y excesivo que un editor te pida dinero por tu obra. Entrevista”, en La boca del libro. Consultado en línea (14/02/2021) <http://www.labocadellibro.es/2016/07/pilar-adon-me-parece-incomprensible-y.html>
- CARRASCO, J. (2013). *Intemperie*. Barcelona: Seix Barral.
- CELA, C. J. (1942). *La familia de Pascual Duarte*. Burgos: Aldecoa.
- CERDÀ, P. (2017). *Los últimos. Voces de la Laponia española*. Logroño: Pepitas de Calabaza.
- DARRIDA, M. (2013). *El bosque es grande y profundo*. Madrid: Caballo de Troya.
- DEL MOLINO, S. (2016). *La España vacía. Viaje por un país que nunca fue*. Madrid: Turner.
- DÍAZ, J. (2011). *Belfondo*. Barcelona: Planeta.
- DÍAZ (2014). *Es un decir*. Barcelona: Círculo de Lectores.
- ECHEVERRI, R., RIBERO, M. P. (2002). *Nueva ruralidad. Visión del territorio en América Latina y el Caribe*. Bogotá: Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura.
- ENTRENA-DURÁN, F. (2012). “La ruralidad en España: de la mitificación conservadora al Neorruralismo”, en *Cuadernos del desarrollo rural*, 9 (69), 39-65.
- FOWLES, J. (1979). *The Tree*. Boston: Little, Brown and Company.
- GANCEDO, E. (2015). *Palabras mayores. Un viaje a la memoria rural*. Logroño: Pepitas de Calabaza.
- LÓPEZ ANDRADA, A. (2004). *El viento derruido. La España rural que se desvanece*. Córdoba: Almuzara.
- LOVELOCK, J. E. (2006). *The Revenge of Gaia: Why the Earth is Fighting Back – and How we Can Still Save Humanity*. Londres: Penguin.
- LLAMAZARES, J. (2017). “La literatura de la España vacía”, en *Babelia. El País*, 11 de marzo.
- LLAMAZARES, J. (2017). “Los últimos”, *El País*, 14 de enero.
- MARTÍNEZ PÉRSICO, M. (2012). “Contemporáneos, nómadas y multilingües. La posnacionalidad de la narrativa latinoamericana actual”, en *Colindancias. Revista de la Red de Hispanistas de Europa Central*, 3: 9-15.
- MATUTE, A. M. (2011). *El río*. Barcelona: Argos.
- MORENO, L. (2013). *Por si se va la luz*. Barcelona: Lumen.
- MORIN, E. (1996). “Pensamiento ecologizado”, en *Gazeta de Antropología*, 12, <https://doi.org/10.30827/Digibug.13582>.
- MORTON, T. (2007). *Ecology Without Nature. Rethinking Environmental Aesthetics*. Cambridge: Harvard University Press.
- MORTON, T. (2010). *The ecological thought*. Cambridge: Harvard University Press.
- MONTOYA JUÁREZ, J. (2013). “Multiterritorialidad imaginada en la última narrativa uruguaya: a propósito de La vista desde el puente de Ramiro Sanchiz”, en *Cuaderno Lírico*, 8, <https://doi.org/10.4000/lirico.996>.
- SÁNCHEZ, G. (2012). *Lobisón*. Barcelona: Tusquets.
- REPILA, I. (2013). *El niño que robó el caballo de Atila*. Barcelona: Libros del Silencio.
- ROBERTSON, R. (2003). “Glocalización: tiempo-espacio y homogeneidad-heterogeneidad”, en Juan Carlos Monedero (coord.): *Cansancio del Leviatán: problemas políticos de la mundialización*, Madrid: Trotta, 261-284.